

PID 5055

Campo científico: sujetos, saberes y prácticas en la universidad de los '90 Cultura, academia, política... y la producción de conocimiento social

Badano, María del Rosario; Basso, Raquel; Benedetti, María Gracia; Angelino, Alfonsina; Serra, María Florencia; Verbauwede, Viviana; Ríos, Javier

AUTORES: Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de Entre Ríos (Paraná, Entre Ríos, Argentina).
CONTACTO: mbadano@gigared.com

Resumen

La reseña que aquí se presenta, comprende algunos aspectos del Informe Final del proyecto de investigación "Campo científico: sujetos, saberes y prácticas en la universidad de los '90", llevado a cabo entre los años 2007 y 2010 en la Facultad de Trabajo Social de la UNER. En la misma, se pretende abordar los momentos "fuertes", los problemas que configuran el proceso de constitución del conocimiento social que se inicia a principios de siglo pasado en el país. A tal fin, se establece un conjunto de relaciones y asincronías tanto en la constitución de los saberes como en las disputas entre grupos e intelectuales, entre política, cultura y academia, dimensiones ineludibles del campo problemático que aborda la investigación: el campo científico. Se desarrollan aspectos de la dinámica del campo en ciencias sociales, por una parte se avanza en las dos perspectivas que analizan la producción de conocimiento social, luego se trabaja en la noción de coyuntura, para llegar al concepto de crisis del campo universitario, incluyendo a sus actores, relaciones, miradas políticas, históricas e ideológicas que lo constituyen, lo hegemonizan y por otra parte, las prácticas subalternas que se ocultan e ignoran. Finalmente, se da cuenta de la presencia de intelectuales que en diferentes períodos juegan un papel central las denominadas "vanguardias", que actuando fundamentalmente en el campo artístico-cultural, extienden su intervención al campo de la política y de la academia.

Palabras clave: ciencias sociales; campo científico; producción del conocimiento; política; universidad

I. Perspectivas en la producción de conocimiento social

Coincidimos con Neiburg y Plotkin (2004) al plantear que es posible considerar dos perspectivas, que de modo sustancial, intentan analizar el dónde y el cómo se produce el conocimiento social.

La primera perspectiva de análisis está inspirada en Pierre Bourdieu, la misma fija su atención en la construcción de campos de producción de conocimiento con lógicas internas específicas; denotando, por un lado, los mayores márgenes de autonomía respecto de otras esferas sociales que tienen en este caso, las universidades europeas, evidenciándose en una relativa estabilidad de estas instituciones. Pero por otro lado, y en contraste con esta situación, las universidades argentinas, además de la modalidad específica del cogobierno universitario, también presentan otro rasgo que resulta central para entender las dinámicas de cambio, como es su mayor vulnerabilidad y debilidad institucional producto

de las discontinuidades políticas, y su permeabilidad a las lógicas provenientes del entorno social y político local.

Así, la noción de “autonomización” presenta limitaciones para comprender la producción de conocimiento en contextos sociales como los de la Argentina, donde la frontera entre los campos han sido y son mucho más borrosas que en los llamados países centrales. Suasnábar dirá que “...Como todo concepto, el de campo nos ilumina una serie de aspectos y – como no podía ser de otra manera – nos deja en penumbra otros.” Y continúa, “...una de las críticas que se le ha realizado a esta noción, y sobretudo a la de estrategia, es la excesiva racionalidad con que se supone actúan los agentes al interior del campo, con lo cual – y pese

al esfuerzo de Bourdieu por articular los comportamientos individuales/sociales al resto de los campos del espacio social – el mismo concepto tiende a acentuar las interpretaciones internistas de este espacio en particular.” (Suasnábar 2001:53)

Además de eso, los largos períodos de intervención y la siempre conflictiva relación con el Estado aún en los momentos democráticos, han dejado huellas profundas en el campo académico, que se manifiestan en una diversidad de prácticas y lógicas de funcionamiento (adquiriendo formas de manera específica según disciplinas e instituciones) pero en las que es posible reconocer cierta matriz común en términos de significación.

La segunda perspectiva plantea ubicar nuevamente al Estado en el centro del análisis. Se sostiene que la constitución de las ciencias sociales se basa en procesos estrechamente vinculados al desarrollo de necesidades y demandas del Estado que a finales del siglo XIX y primeras décadas del XX se modernizaba y burocratizaba con gran celeridad, “... el motor de la producción de conocimiento social debería buscarse en las necesidades de una burocracia estatal en expansión, principalmente dedicada a la elaboración e implementación de políticas públicas”. Llegado aquí, y teniendo en cuenta países como el nuestro, habría que preguntarse junto a Neiburg y Plotkin “¿qué sucede en países como el nuestro, donde el espacio burocrático se ha caracterizado por cambios institucionales bruscos y relativamente frecuentes, y donde son escasas las tradiciones y carreras propiamente burocráticas?”. (Neiburg, Plotkin 2004: 18)

Son esta serie de limitaciones las que habilitan una utilización de la noción de campo en un sentido bastante amplio y no necesariamente apegado al conjunto de notas con que estas dos perspectivas apuntan a caracterizarlo. Así, preferimos hablar indistintamente de campo académico o campo científico para enfatizar el carácter segmentado de la vida universitaria y la lógica de disputa que permanentemente atraviesan las instituciones de educación superior. Ahora bien, esta perspectiva crítica de la noción de campo de Bourdieu empleada para comprender a la academia, y más aún en el período analizado, la hacemos extensiva al campo de la política y al campo de la cultura. En ambos casos, han sido una constante los cambios bruscos de la institucionalidad como así también, ha sido muy débil la constitución de una burocracia estatal capaz de consolidar tradición alguna. Lo que se fue instalando tuvo más que ver con una manera “patrimonialista” de entender el estado, la política y la producción cultural.

Pensar la coyuntura: entre contradicciones y énfasis

Las ciencias sociales se han ocupado profusamente acerca de las consecuencias de los 90, generando numerosos y diversos relatos y teorías referidos a las décadas de oro del neoliberalismo. En este apartado nos proponemos, recuperar formas de pensar, discursos no hegemónicos vinculados a los sujetos universitarios, las prácticas y sus regulaciones, que sin duda vienen de aquel momento histórico y que hoy continúan presentes, encontrándose –muchas veces– acallados por la potencia ideológica del discurso único de la época.

Nos referimos a la construcción social y colectiva tanto de la crisis como de las respuestas, la manera en que se van gestando explicaciones y justificaciones tanto ideológicas como políticas del modelo

neoliberal de Universidad, a través de propuestas puntuales, financiamiento o formas de legitimación en función de los dispositivos instaurados para la evaluación.

La relación sujeto-universidad y la construcción de políticas en las que los sujetos definen acciones y futuro, presenta múltiples aspectos en juego en una realidad que se presenta en toda su complejidad a la hora de realizar un análisis crítico. El desafío que asumimos es el de la posibilidad de focalizar hitos que condensan prácticas y políticas y evitan simplificaciones.

La coyuntura designa –sostienen los científicos mexicanos Hernández y Trejo– siempre algo que está unido o, mejor, articulado a otra cosa. Contiene un diagnóstico de esta realidad histórico-social, y a su vez, es el punto de articulación de varias fuerzas sociales en un período delimitado temporalmente.

La coyuntura es por lo tanto un corte que se hace en la totalidad de la realidad, que no corresponde solo a una lógica general.

Por otra parte lo indeterminado, lo que permite la construcción de las historias, es lo que posibilita pensar que los procesos históricos nunca están totalmente resueltos, que son justamente estos los que intentamos tornar visibles para que puedan ser analizados, tomados en cuenta y ser referencia.

Por lo tanto para el análisis de coyuntura, siguiendo a Gerardo Hernández y Ángel Trejo, se requiere contar con una noción de tiempo social, lo que supone tener en cuenta:

a) Que los hechos sociales no se dan por generación espontánea sino que son resultado de acciones de sujetos que interactúan con otros en determinados momentos y espacios sociales. Es decir antes de ocurrir en alguna fecha, horario, año, los hechos sociales ocurren en espacios y tramas de relaciones sociales particulares. Lo importante a tener en cuenta aquí es si bien el parámetro cronológico nos permite registrar los hechos en términos de horas, días y años, tiende al mismo tiempo a ocultar a los sujetos, sus relaciones y los espacios con que aquellos se vinculan.

b) Que lejos de estar solos o aislados, los actores sociales realizan sus acciones en ámbitos particulares de interacción y por lo tanto la acción de unos afecta a otros generando encadenamientos y entrelazamientos de acciones y reacciones que ubicadas como una sucesión lineal de hechos o acontecimientos, sino como resultante de una articulación compleja de sujetos, acciones, recursos, cristalizaciones institucionales y relaciones de poder.

c) Que en términos de tiempo, las articulaciones presentes entre estas dimensiones (sujetos, acciones, recursos, instituciones) suponen también vinculaciones con las articulaciones de esas mismas dimensiones del pasado y al mismo tiempo contienen (potencialmente) las formas del futuro. En términos del sujeto, esto supone que sus prácticas son al mismo tiempo resultante y desencadenante de otras prácticas propias y/o de otros sujetos.

En las múltiples culturas que se generan en el campo universitario hay una tensión que consideramos fundamental. Somos parte de la articulación de relaciones sociales, a partir de lo cual experimentamos ciertas limitaciones y potencialidades para las acciones y por otro lado se es partícipe de dicha articulación.

No hablamos de tensiones dicotómicas, sino de tensiones que se presentan con contradicciones y énfasis. Tal como señala Zemelman (1993):

“[...] es la tensión entre ser objeto de determinaciones y sujetos frente a ellas, entre estar atado a la historia y ser constructor de la misma. Es una tensión que cruza al sujeto, a su acción, a su proyecto. En esta trama es posible advertir la direccionalidad, su inercia y articulaciones en el tiempo”

¿Cómo incorporar la noción de tiempo social en la universidad? ¿Cómo identificar las señales que den cuenta de este tiempo?

La reflexión de Bourdieu en *Homos Academicus* aporta en ese sentido ya que sostiene lo siguiente:

“La atención inmediata a lo inmediato que, ahogada en el acontecimiento y los afectos que suscita, aísla el momento crítico, así constituido como totalidad encerrando en sí misma su explicación, introduce por eso mismo una filosofía de la historia: ella conduce a presuponer que hay en la historia momentos privilegiados, de alguna manera más históricos que otros (se puede ver un caso particular en la visión escatológica, clásica o modernizada, que describe la revolución como término final, telos, y punto culminante, acmè, y sus agentes –proletarios, estudiantes u otros– como clase universal, y por esto última). La intención científica, por el contrario, apunta a reubicar el suceso extraordinario en la serie de sucesos ordinarios, al interior de la cual se explica. Nos preguntamos en qué reside la singularidad de aquello que queda de un momento cualquiera de la serie histórica, como se lo puede ver bien con todos los fenómenos de umbral, saltos cualitativos en los cuales la suma continua de sucesos ordinarios conduce a un instante singular, extraordinario.”

¿Cómo recuperar (o quizás como construir) el sentido de la universidad pública no ligada a la lógica del mercado ni a la del Estado? Juan Carlos Portantiero (2001: 85) sostiene que “quizás no haya otra institución en que se hable más de la necesidad de cambios sociales que en el discurso universitario, pero a la vez, pocas son las instituciones más resistentes al cambio que la universidad, más persistentes en la terquedad de poner en cuestión sus estructuras políticas, administrativas y pedagógicas”.

De crisis, contradicciones y discursos en el escenario universitario

Dos argumentos organizan este punto. Primero, la construcción del campo universitario en nuestro país se define más por cortes y rupturas que por una tranquila evolución o un movimiento lento y progresivo desde una etapa a la siguiente. El otro argumento es que las transformaciones han venido siendo impulsadas fundamentalmente desde fuerzas o movimientos políticos extramuros del ámbito académico que promovían proyectos políticos-intelectuales en la dirección de ubicar a la universidad como espacio para la realización del ideal emancipador (Tellez, 1997), a excepción de las transformaciones promovidas en los 90, que lejos de impulsar el ideal emancipador inspirado en la modernidad, vinieron a afianzar las políticas del Consenso de Washington pensadas para esta región del planeta.

Adriana Puiggrós (1993), sostiene que en nuestro país hubo al menos tres generaciones jóvenes que empujados por el derecho a imaginar un futuro, impulsaron transformaciones profundas en la universidad argentina: la generación liberal de 1837; la generación reformista de 1918 y la generación revolucionaria de 1973. Nosotros, podríamos decir que en los 90, no aparece una generación en la centralidad de los cambios, sin embargo existirá una fuerza transformadora que impulsará profundas reformas, iniciativa que estará vinculada a la ola neoliberal instalada en la región.

Los tres momentos, a los que Puiggrós relaciona con generaciones determinadas, serán procesos que van en la dirección de lo que Tellez llama la idea moderna de universidad, idea que, para dicha autora, actualmente está en disolución. Sosteniendo además, que el nudo central por el cual la crisis de la universidad puede ser analizada, comprende “la disolución del logocentrismo estructurador de los códigos y normas de su configuración histórica como espacio institucional de producción y difusión del saber y la del universo discursivo en el cual se llevó a cabo su fundamentación como ámbito privilegiado para la progresiva realización del ideal de emancipación de individuo y sociedad”. (Tellez, 1997)

A diferencia de aquellos tres procesos histórico- políticos que marcaron tanto al país como a la universidad, en los 90, la fuerza que toma iniciativa consolida la idea desmanteladora y fragmentadora de los modos de ser de la Universidad (y también de las historias que hasta el momento se habían narrado acerca de la Universidad). Las ideas imperantes hasta entonces, giraban alrededor de dos contrarios, la conservadora, que todo debía quedar igual y la del cambio (en sus dos variantes la del cambio progresivo y la revolucionaria). El neoliberalismo vino a desmantelar uno de esos polos discursivos y se puso en el

lugar del otro, ahora el cambio, lo nuevo, era la política neoliberal; un nuevo comienzo, una renovación, tal era la argucia del neoliberalismo, que una vez borrado el pasado, prometía un nuevo futuro.

Téllez sostiene que los referentes epistemológicos y axiológicos sobre los que se constituyó el concepto moderno de universidad, se fracturaron. Esto es, los modos de relacionarse con aquellas cuestiones fundamentales como *“su papel en la sociedad; el carácter de la investigación como producción de conocimientos, el estatuto de la docencia como quehacer orientado a la supresión de la ignorancia, voluntad deliberada de crítica”*, fueron trastocados.

En relación a la producción de conocimiento, el neoliberalismo terminó consolidando lo que el capitalismo venía realizando desde hace cientos de años, esto es, la fragmentación del trabajo intelectual, al punto que incorpora la idea de mercado en cada una de sus dimensiones, a saber: una dimensión que refiere a la producción, otra a la utilización y por último a la enseñanza. Las operaciones de la ideología capitalista hace que nosotros tendamos a disociarlo, o a verlo disociado tal cual lo presenta el mercado. En este sentido, es la universidad la que tendría que buscar la rearticulación. Esta puede contribuir seriamente a volver visible lo que en realidad está articulado por mecanismos de mercado o de poder” y agrega “... hay cierta idea de que el mercado está solo metido en las ciencias duras, pero es creciente su inserción en las ciencias sociales. Lo tramposo es que en el campo de las ciencias sociales no se dice. El tema de la presencia de la lógica del mercado no aparece de manera tan explícita como podría aparecer en las ciencias duras.

Boaventura de Sousa Santos (1994), identifica tres crisis a las que debe enfrentarse la universidad, centrando su análisis en las universidades públicas. Plantea que la primera crisis, de hegemonía, es resultante de las contradicciones entre las funciones tradicionales de la universidad y las que le fueron asignadas a lo largo del siglo XX, es decir que por un lado, estaba la producción de la alta cultura, el pensamiento crítico, científico y humanista, necesarios para la formación de las élites. Y por otro lado, la producción de estándares culturales medios y conocimientos instrumentales, útiles para la formación de una mano de obra calificada exigida por el desarrollo capitalista. La universidad se presenta incapaz de desempeñar adecuadamente estas funciones contradictorias, llevando al Estado y a los agentes económicos a buscar medios alternativos para lograr esos objetivos. En el caso de Argentina, y a partir del contexto favorable que brinda la Ley de Educación Superior y el Decreto 576/06 que la reglamenta, durante los 90 aumenta considerablemente la creación universidades privadas¹, y aún por estos días están obteniendo el reconocimiento definitivo varias de ellas².

Para de Sousa Santos, cuando la universidad deja de ser una institución exclusiva en el campo de la educación superior y en la producción de la investigación, entra en una crisis de hegemonía.

La segunda crisis, refiere a la legitimidad, y se produce por el hecho de haber dejado de ser la universidad una institución enmarcada dentro de un consenso social.

Esto significa que se ha visto imposibilitada saldar la contradicción entre la jerarquización de los saberes especializados, recurriendo a restricciones en el acceso y certificaciones de competencias por un lado, y por otro, las exigencias sociales y políticas de la democratización de la universidad y la reivindicación de la igualdad de oportunidades para los hijos de las clases populares

1. Horacio O Donnell, rector de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES) y presidente del Consejo de Rectores de Universidades Privadas (CRUP), indicó que “En la Argentina existen poco más de 50 universidades privadas, un número similar de universidades estatales y varias subsedes en distintas provincias. Unos 270.000 alumnos estudian en universidades privadas...”.

2. En un acto realizado en Casa de Gobierno, el presidente Néstor Kirchner, acompañado por el ministro de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, Daniel Filmus, firmó los decretos de autorización definitiva correspondientes al Instituto Universitario de Ciencias de la Salud Fundación H.A. Barceló, la Universidad del CEMA (UCEMA), la Universidad del Centro Educativo Latinoamericano (UCEL), la Universidad Torcuato Di Tella (UTDT) y la Universidad de San Andrés (UdeSA).

Finalmente la tercera crisis, la institucional, es resultado de la contradicción entre la reivindicación de la autonomía en la definición de valores y objetivos de la universidad y la presión creciente para someterla a criterios de eficiencia y productividad de naturaleza empresarial o de responsabilidad social.

Queda claro que tanto para Tellez como de Sousa Santos, la universidad como manifestación de los valores de la modernidad está en crisis, y esto significa que los discursos que la legitimaron se encuentran agotados en su capacidad para comprender lo que actualmente acontece en el espacio universitario. Sin embargo, para este último, los esfuerzos de articular discursos que intenten comprender, explicar, darle salida a la crisis de la universidad han estado concentrados en su aspecto institucional, resultando todos ellos ambiguos, parcializados e insuficientes para dar cuenta del problema. Las diversas crisis en nuestras universidades nacionales aparecen explicitados en este plano, son formulados y narrados como expresión de una crisis institucional, sin embargo, quedan allí condensados diversos conflictos vinculados a la gobernabilidad, al lugar de la política, la ciudadanía, la función social de la universidad, la autonomía, la libertad de cátedra, entre otros, todos ellos, conflictos y contradicciones que van más allá de un problema institucional.

Willy Thayer (1996) se suma a las voces que analizan a la universidad en estado de crisis vinculado a los límites de la modernidad, y sostiene que la universidad transita una crisis de representación. Su postura se apoya en la hipótesis de que es en El Conflicto de las Facultades (1798) de Kant – y en la serie de escritos filosóficos alemanes que se produjeron para la creación de la universidad de Berlín, en 1810 – donde se propone el sistema de categorías, límites y relaciones que constituyen la idea de la universidad moderna, en discusión con el sistema de límites de la universidad medieval.

Para Thayer (1996), hablar de la crisis de la universidad moderna es hablar de la inaplicabilidad total o parcial de la tabla categorial kantiana,

“... cuando hablamos de la quiebra de una potencia, suponemos a la vez, el advenimiento de otra potencia que provoca la quiebra. Tal potencia “otra”, emergente, no estaría ante los ojos ni sería representable discursivamente. No podemos acotarla, pero la conocemos. Indirectamente la presentimos y es menester presuponerla al constatar que ordinariamente vemos, hablamos, referimos el imaginario moderno de la universidad, su código, su arquitectónica.” (Thayer, 1996: 45-46)

La crisis de representación de la universidad no estaría desligada de la crisis de la política, al contrario, se reconoce el mismo origen, la inaplicabilidad de la idea moderna,

“... Desde diversos campos disciplinares se nos refiere, no unívocamente, la quiebra de la universidad, su acabamiento y consumación. Lo que se predica como agotamiento de la universidad, se predica a la vez de la política. La quiebra de la universidad y de la política moderna serían inseparables. Lo serían mientras la arquitectónica categorial moderna de la universidad coincide con la de la política. Quiebra de la universidad nacional moderna, quiebra del estado y de la ideología, serían inseparables.” (Thayer, 1996: 77-78)

La crisis en los actores del campo

Los relatos y discursos, producidos y productores de crisis, en que habitan y transitan los universitarios, no escapan a lo que Alan Wolfe (1980) denomina proceso de socialización, que tiene a su cargo la responsabilidad de inducir y hacer viables las personalidades divididas; señalando que lo esencial de la ciudadanía en las condiciones del capitalismo tardío es la esquizofrenia, el vivir con discursos contradictorios. Una especie de encerrona entre la tendencia democrática hacia la política y la tendencia despolitizadora de la sociedad actual. Wolfe, al referirse a lo que denomina ciudadano esquizofrénico, dirá que

“una parte de su personalidad es la víctima del proceso de despolitización, lo cual lo deja retraído, apático y amargado. La otra parte está colmada de furia y puede expresarse en cualquier momento por medio de un impulso político, que puede variar desde un súbito estallido de conversación intensa hasta gestos de violencia colectiva”. (Wolfe, 1980: 321)

Mensajes, discursos e imágenes duales y contradictorios son el escenario en el que los universitarios se mueven, trabajan, producen, adecuándose con desconfianza a una vida política que es a la vez ambigua y paradójica: el habitar un espacio, la universidad, que por un lado tiene el mandato de ser creadora y productora de pensamiento crítico, científico y humanista y por el otro sumerge a sus habitantes en lo que Diego Tatián llamará “paroxismo de la evaluación que incentiva sólo la rutina, la apatía, la mentira y la pérdida del entusiasmo por el conocimiento y su transmisión”. Tatián irá aun más lejos y sostendrá que la cultura académica instalada ha transformado a la universidad argentina en la

“vanguardia de la `sociedad de control´... No se trata ya de hombres y mujeres que trabajan produciendo conocimiento y transmitiéndolo, sino de `poblaciones´ constituidas por docentes e investigadores, en las cuales es necesario imponer indicadores uniformes que permitan su regulación a gran escala”³.

II. Los intelectuales: entre la cultura, la academia y la política

Plantear desde una perspectiva crítica la noción de campo de Bourdieu, empleada para comprender a la academia, la política y la cultura, significa poner entre paréntesis la idea de “autonomización”, y por lo tanto, implica entender que las fronteras entre estos campos se encuentran difusas e imprecisas. Es necesario entonces, buscar una manera de relacionarlos, de corresponderlos. Las dimensiones de espacio y tiempo están presentes en la noción de campo, y es importante ubicar una perspectiva de análisis en dimensiones que adquieran otros sentidos que aquellos heredados por la tradición occidental en la que el tiempo es lineal y el espacio tridimensional. Un enfoque deleuzeano, ajeno a todo eje genético que establezca posibles relaciones de causa-efecto entre los campos, o a entenderlos como organizaciones jerárquicas y dicotómicas, del tipo adentro –afuera o antes– después, nos invita a hablar de puentes como manera de entablar conexiones entre ellos, ya no dados de manera “estructural”, sino como construcciones socio-históricas en que las prácticas intelectuales tuvieron un lugar central.

La socióloga argentina Silvia Sigal (1991), afirma que para comprender la historia política argentina, así como el proceso de constitución como nación, es imprescindible prestar atención al lugar trascendente que tuvieron determinados grupos de intelectuales en gran parte del siglo XIX. Sin embargo, también sostiene que es necesario reconocer que a esa presencia directora le siguió un largo período, que cubre la mayor parte del siglo XX, durante el cual ni los grandes partidos, ni los sindicatos, ni el Estado, como tampoco los militares, creyeron necesario dar un lugar a la intervención de los intelectuales como tales.

A partir de esta aseveración, sostiene que para vislumbrar el recorrido que emprendieron determinados grupos intelectuales es conveniente partir de la observación de la relación entre campo político y campo cultural, como así también de la figura específica que fueron adquiriendo los intelectuales.

A la aseveración de Sigal respecto de la prescindibilidad de aquellos grupos intelectuales, la pondremos entre paréntesis, avanzaremos sobre la misma, y sostendremos que en la relación entre el campo político, el campo cultural –y nosotros agregaremos el campo académico–, hubo momentos y períodos en que existieron diferentes áreas de coincidencias y se tendieron diversos puentes, constituyéndose

3. Tatián D. “Universidad y sociedad del control”. Revista Rayando los Confines. UBA. Fondo de Cultura Económica.

nudos en los cuales actuaban distintos intelectuales o grupos de ellos. En la constitución de dichos puentes, jugaron un papel importante las denominadas “vanguardias”, que actuando centralmente en el campo artístico-cultural, extienden su intervención en el campo de la política y de la academia.

En relación al período que transcurre entre finales del siglo XIX hasta la década de 1970, Neiburg y Plotkin (2004) sostienen que en “este lapso de tiempo coincide el multidimensional y nunca lineal proceso de institucionalización de los saberes sobre la sociedad en la Argentina”. Serán estas características de multidimensionalidad y complejidad las que imposibilitarán el planteo de una única cronología para los procesos observados durante el período. Así, entonces, se intenta iniciar el análisis de “momentos fuertes”, de nudos de problemas que definen y marcan mojones en el complejo proceso de constitución del conocimiento social, estableciendo un conjunto de relaciones, de puentes, que soslayan las asincronías que pueden estar en juego en la construcción de los saberes y en las disputas entre figuras y grupos intelectuales.

Si las asincronías en el desarrollo y constitución de los saberes sociales impiden establecer una periodización común, resultando más conveniente establecer una temporalidad singular, y si consideramos importante cuestionar una tendencia muy común, que es la de sobredimensionar la profundidad del impacto de los cambios políticos institucionales en la conformación de los conocimientos sociales, en particular referido al desarrollo de las ciencias sociales, a excepción claro está, del proceso desatado en el episodio denominado “la noche de los bastones largos”, vamos a preferir un ángulo más amplio para describir procesos de una duración más extensa.

La profesionalización de la práctica intelectual

A principios del XX, había comenzado la constitución de un campo cultural propio, de modo tal que la práctica intelectual tendía a profesionalizarse y a extraer sus criterios de legitimidad a partir de esa misma práctica. Ricardo Rojas, que es contemporáneo a dicho proceso, afirmará en el diario *La Nación* que “a fines del siglo pasado la labor literaria iba dejando de ser un esparcimiento de generales y doctores para convertirse en una profesión libre” (Terán 2004), sin embargo, inmediatamente agregará que esa profesionalización no se lograba sin esfuerzo y que el ámbito que el escritor utilizaba para dar ese paso era el periodismo.

La figura del intelectual científico promovida por el positivismo iba a ingresar en competencia con la del intelectual-escritor, y de tal manera la cultura estética avanzaría en sus pretensiones de hegemonía sobre el campo intelectual. Sin embargo, la reacción no se hizo esperar, y tuvo por blanco el núcleo mismo de la cultura positivista, esto es, la ciencia.

El movimiento positivista había comenzado a dar señales de agotamiento entre algunos sectores intelectuales, en los cuales operaba la influencia en ascenso de las filosofías vitalista (con la figura central de Nietzsche), de las que colocaban el acento en la escisión entre mundo de la naturaleza y el mundo del espíritu.

Estos intelectuales se hallaron en la intersección conformada por prácticas de mecenazgo en extinción y por ausencia de un mercado para sus escritos, un escenario complicado que debieron atenuar con la práctica del periodismo. Sin embargo, en el horizonte de la época existía una demanda formulada tanto desde el Estado como desde la sociedad, se trataba de una demanda de nacionalismo, de argentinidad. Así es que encontraron allí no solo una cuestión para la reflexión, sino también un espacio donde legitimarse como intelectuales; de esa manera, el modernismo cultural participó en ese emprendimiento con su repertorio estético e ideológico. No obstante, al participar en la definición de una nacionalidad necesariamente implicaba posicionamientos de poder, “... y con ello volvía la presencia de la política en el horizonte de quienes habían tratado de expulsarla del ámbito de su creación para dedicarse a la construcción de obras únicamente legitimadas por la belleza”. (Terán: 2004: pp 31, 32)

Continuando el viraje iniciado a fines del siglo XIX, desde un nacionalismo político hacia otro culturalista y esencialista, el ya ampliamente consagrado Leopoldo Lugones propondrá en “El Payador” una definición de la argentinidad. Lugones resignifica no solo estéticamente esa obra, sino que la convierte en la síntesis de la nacionalidad argentina y en el mismo gesto la instala en el centro de las representaciones de la élite liberal. Este doble movimiento lo coloca en un lugar de intelectual paraestatal, estrechamente vinculado al régimen gobernante, “...el que habla ahora ya no es el intelectual-científico a lo Ingenieros, sino el escritor modernista caracterizado por el don de la palabra bella.”⁴ Su intervención inviste un alto carácter institucional, ya que la presentación del escritor se realiza ante un público dentro del cual se encuentran el presidente Roque Sáenz Peña y los ministros de la época, determinando que el intelectual “alcance un rango de legitimidad extremo ante el poder, especialmente porque el tema que los convoca es la búsqueda de la expresión genuina del alma argentina.” (Terán 2004: pp. 32)

La llegada del yrigoyenismo al gobierno en 1916 pone fin a una etapa política y social caracterizada por el repliegue de la clase dirigente que hasta entonces había gobernado y el consecuente arribo de otro grupo político que además de tener otra representatividad social, también poseía un tipo de relación gobernante-gobernado y un estilo político manifiestamente diferenciado del anterior, y esto no tardó en provocar la reacción de los sectores tradicionalistas, que desde una perspectiva de representación política elitista y eticista rechaza el proyecto del reformismo conservador.

Con el estallido de la primera guerra adquiere fuerza una suerte de americanismo en la que son perceptibles una serie de modificaciones respecto de su anterior registro ideológico. Si hasta allí se colocaba a la civilización en Europa y la barbarie con asiento en Latinoamérica, ahora Latinoamérica comienza “a ser considerada el territorio donde se realizarán los valores de la modernidad y la justicia social que no han podido cumplirse en el Viejo Mundo”. Ingenieros, quien comparte dicho americanismo, será el que va a poner una nota distintiva, en un escrito de 1918 plantea un modo audaz de observar la escena internacional solidarizándose con la revolución rusa. Con la crisis del liberalismo y el desprestigio de la política, el papel del pensamiento y de los intelectuales adquiere mayor escala.⁵ (Terán 2004: 37, 40)

En este mismo año, en la universidad se origina el proceso denominado Reforma Universitaria y que, iniciado en Córdoba, se extiende a otras casas de estudio. En el marco de esos acontecimientos, José Ingenieros es elegido miembro del Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras, y luego se hace cargo del vicedecanato, formando parte del primer gobierno reformista que tuvo esa facultad.

En 1919, al terminar la guerra, el gobierno yrigoyenista no requiere de los servicios de intelectuales, menos aún de Lugones, ya que “se encuentra alejado del sistema de ideas y valores que el nuevo elenco gobernante expresa”, el escritor forma parte de un mundo de decadencia y mediocridad incapaz de ser portador de los auténticos valores. Sin embargo, en los primeros años de la década de 1920, Lugones se encuentra con un nuevo actor político, el Ejército Argentino convirtiéndose en un referente del incipiente nacionalismo autoritario.

Hacia 1920, la revolución rusa adquiere para muchos agrupamientos la forma de brújula que marca el norte, impulsando la radicalización expresada en la cultura de ese período. En este clima, en el movimiento estudiantil encontramos grupos –como Insurrexit– que empiezan a plantear que la Reforma Universitaria había fracasado y que no había podido resolver “la cuestión social”. Sin embargo, este fenómeno de radicalización de las vanguardias estéticas locales no alcanza la fuerza de los movimientos europeos como el cubismo, el futurismo, el dadaísmo, el surrealismo, etc. Para Terán, ello se debía

4. Terán sostiene que de las múltiples disciplinas del arte, Lugones se inscribía en aquella indicada como “demiúrgica”, puesto que, a partir de un acto creativo fundado en el lenguaje, el artista capta la realidad oculta y esencial.

5. Es en esta línea que Ingenieros se incorpora a un movimiento de escala internacional y que desde Francia, liderado por Henri Barbusse, Anatole France y Romain Rolland, entre otros, tiene como órgano de expresión a la revista *Clarté*!

a una situación de “bonanza económica, estabilidad política y ascenso social del período” por el que transcurría nuestro país.

En el año 1924, aparece la revista *Martín Fierro*, Pettoruti expone en la galería Witcomb, los arquitectos Prebisch y Vautier presentan en el Salón de Bellas Artes el proyecto “Ciudad azucarera en la provincia de Tucumán”, siendo expresión de un movimiento intelectual productivo en el que se daba una estrecha relación con las vanguardias estéticas que se imponían en Europa. (Terán: 2004)

Este dinamismo creativo seguirá creciendo de manera inusitada en el terreno de la producción cultural. En los primeros años de la década del 30 “se despliega una activa vida intelectual, plasmada en la conformación de agrupaciones, la realización de congresos, la edición de libros y revistas y al creación de editoriales tan relevantes como Losada, Sudamericana o Santiago Rueda”. En aquellos espacios culturales se mezclaban intelectuales de diversas identidades políticas; ya que

“el sentimiento de pertenencia al ámbito intelectual resultaba más fuerte que la adscripción ideológica. Así, nacionalistas como Irazusta o Palacio y comunistas como Castelnuovo pueden escribir en la liberal revista *Sur*, y Borges en el medio nacionalista y franquista *Sol y Luna*”. (Terán: 2004 pp. 51)

Los centros que otorgaban autoridad y credenciales

Para la última década del siglo XIX, los dos únicos centros que por entonces daban autoridad y credenciales para hablar de cuestión social, estaban en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

Para entonces, la definición de la posición en el espacio social no era únicamente definida por el origen vinculado a los lazos familiares y a la tenencia de fortuna; lo que calificaba como miembro de un mismo grupo, el de la elite intelectual, era la posesión de “capital cultural”, ese conjunto de saberes y destrezas de orden simbólico cuya acreditación formal pasará poco a poco a manos de la institución universitaria.

El esfuerzo por institucionalizar las nuevas disciplinas que comenzaban a surgir, fue tarea de personajes, cuya producción intelectual no estaba ya en el ocaso en esos años, como ocurría con Sarmiento, sino que apenas comenzaba en esta década. A medida que se avanzaba en el proceso de modernización económica y social en que se hallaba embarcado el país, los indicios de diferenciación entre esfera política y esfera cultural se harían más perceptibles también para la conciencia de sus actores. La fundación de la Facultad de Filosofía y Letras en 1896 en el ámbito de la UBA va a entrelazar varios propósitos de las elites gobernantes: instituir el estudio universitario de las disciplinas humanísticas, en consonancia con las reglas de un saber disciplinado, contrarrestar, con una facultad consagrada a la búsqueda “desinteresada” del conocimiento, la tendencia “profesionalista” de una universidad orientada hasta entonces casi exclusivamente a la formación de médicos, abogados e ingenieros; contar con un centro en que el estudio y la enseñanza de las humanidades estimulara el cultivo docto de la tradición y de la identidad nacional.

Surge de este modo una nueva instancia de autoridad cultural, cuya base no radica en las fuentes de reputación intelectual que eran características de la elite ilustrada de la década de 1880 –la creación literaria, el ejercicio del periodismo o las demostraciones de elocuencia e ingenio en los debates cívicos o en los clubes de caballeros–, sino en el cultivo de un saber docto, definido académicamente y practicado según el modelo “desinteresado” de la investigación científica. En un medio intelectual que seguirá siendo, aún entrado el siglo XX, numéricamente reducido, comenzó a esbozarse así la diferenciación entre dos sujetos actores, la de los “escritores” y la de los “profesores”.

No obstante, no se debe exagerar los alcances de esta segmentación, aunque los signos de diferenciación de dichos actores se harían cada vez más sensibles a medida que avanzaba el siglo XX, el ejercicio exclusivo de la docencia universitaria o del trabajo científico seguiría siendo, aún al final del

período, una excepción. Por otra parte, el subconjunto que formaban los intelectuales-académicos no desconocía los títulos de nobleza literaria, pero reivindicaban otros títulos de eminencia cultural, ligados al saber de la ciencia y al cultivo de la erudición profesoral.

La profesionalización de la primera mitad del Siglo XX

Con respecto a la investigación científica, tecnológica, como así también en otras esferas de la cultura, entre finales del Siglo XIX y mediados del siglo XX el país había logrado acumular capacidades importantes a nivel latinoamericano, gracias a políticas educativas y científicas apropiadas, acompañadas de la inmigración temprana de numerosos científicos, tecnólogos profesores y artistas destacados, a la expansión y democratización de la educación pública incluyendo el nivel universitario, y al apoyo que algunos de sus gobiernos otorgaron a la investigación, institucionalizada gradualmente en universidades, y más tarde en laboratorios y organismos de Ciencia y Tecnología extrauniversitarios, la mayor parte de ellos creados por iniciativa estatal.

Para Enrique Oteiza (1997), las migraciones europeas desempeñaron un papel central en el desarrollo de la investigación científica y tecnológica en la Argentina. Resalta que es posible identificar varias etapas claramente diferenciadas. La primera que se extiende desde la Independencia hasta aproximadamente 1870, llegan al país científicos provenientes de países de Europa occidental con el fin de establecer instituciones como los Museos de Ciencias Naturales de Buenos Aires y de Corrientes o las Escuela de Náutica, como así también para realizar tareas de tipo geodésico, geológico y de prospección de recursos naturales. Las condiciones políticas, sociales y culturales de ese largo período de fuertes conflictos entre provincias y caudillos y de extrema debilidad de los grupos urbanos modernos de la época, impidieron consolidar aquellas iniciativas. Los científicos que vinieron al país regresaron en su mayor parte a Europa o se dirigieron a otros países de América Latina luego de estancias aquí de no más de uno o dos años.

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, será donde comienzan a funcionar cátedras de sociología, psicología y antropología. La creación de esta institución va a coincidir con la aparición de una nueva elite de intelectuales ligada a la inmigración, y sin dudas, también respondiendo a su demanda, encontrando allí un espacio ideal para “compensar en parte su condición de outsiders con la adquisición de credenciales académicas y con el tratamiento de los problemas sociales derivados del proceso de modernización acelerada que vivía en el país, problemas que requerían para su comprensión –según mostraban estos intelectuales– de ciertos saberes específicos”. En torno a este centro académico emergerán múltiples grupos de intelectuales-académicos, y este fenómeno coincidirá con un creciente proceso de separación entre elites intelectuales y elites políticas que hasta entonces aparecían sintetizados en los intelectuales-escritores de la “nobleza literaria”. Neiburg y Plotkin dirán que “...Los egresados de la Facultad, provenientes por lo general de familias menos prominentes que los egresados de las más tradicionales facultades de Medicina y Derecho, tendrían, sin embargo, que esperar hasta la caída de Perón, más de medio siglo después, para que, luego de crearse las carreras de Sociología, Psicología y Antropología, tuvieran la legitimidad necesaria para convertirse en verdaderos técnicos en cuestiones sociales. Y es el final de este proceso el que constituye la generación de un espacio de saberes sobre la sociedad relativamente bien diferenciados y con mecanismos de validación propios y socialmente reconocidos como legítimos”. (Neiburg y Plotkin 2004: 22-23)

La segunda etapa se desarrolla desde finales de siglo pasado hasta 1930, período en que la Argentina recibe un importante contingente de científicos e investigadores “que llegan al país contratados por los gobiernos nacionales y provinciales, o por las universidades nacionales que comienzan a crearse, crecer y consolidarse desde el punto de vista científico académico”. Muchos de ellos llegan aquí escapando de la guerra y de las persecuciones que se viven en Europa. Pero “a diferencia de la primera, en la segunda etapa los científicos (e intelectuales) extranjeros de alto nivel llegados al país por distintos

motivos fueron seguramente varios cientos y lograron una inserción en el medio como docentes e investigadores, contribuyendo grandemente al desarrollo científico y tecnológico del país”. (Oteiza, 2002)

El golpe militar-conservador del '30 marca un corte neto en las políticas académico-científicas del gobierno de él surgido. A partir de allí, los regímenes autoritarios que se suceden comienzan a canalizar recursos públicos de manera progresiva, a favor de “nuevas instituciones de investigación extrauniversitarias en áreas por lo general débiles en materia de tecnología industrial”. El hecho de que estos regímenes consideraran a las universidades como entidades poco confiables, tuvo como consecuencia que esta nueva forma de institucionalización se produjera por fuera de ellas. Empresas del Estado como YPF, Lemit en la Provincia de Buenos Aires, Obras Sanitarias de la Nación, Vialidad Nacional, Ferrocarriles Argentinos, etc., se vieron favorecidas por una fuerte expansión de sus laboratorios.

La tercera etapa se desarrolla fundamentalmente entre 1930 y 1950-55, período que cierra formalmente el ingreso de inmigrantes. En Europa se agrava la crisis económica y se produce un aumento de persecuciones políticas, y como resultado de la emergencia de los regímenes de extrema derecha y el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial, en el viejo continente se cometen genocidios. En los últimos años de la década de los '40,

“se crean en nuestro país las instituciones de investigación científica o tecnológica, relativamente grandes, de carácter extrauniversitario, como la Comisión Nacional de Energía Atómica, el INTA, el INTI, el CONICET, etc., siguiendo el ejemplo de lo que había ocurrido en los países científica e industrialmente avanzados, pero de nuevo sin las fuertes vinculaciones existentes entre ese tipo de nuevas instituciones públicas y universidades con capacidad significativa en ciencias básicas y en investigación tecnológica, en las naciones tomadas como modelo”. (Oteiza: 2002)

En la inmediata postguerra el país recibe una última y relativamente breve oleada de inmigrantes europeos, entre los que llegaron también científicos y tecnólogos, por otra parte, se observa el crecimiento y la creación de universidades nacionales.

En la década de 1950 se produce en el país el surgimiento de una nueva elite intelectual vinculados al Estado, siendo el resultado de dos procesos convergentes: el primero, se relaciona con las demandas de una burocracia estatal fruto del proceso de modernización que se da en el contexto de la Guerra Fría y de la Alianza para el Progreso, llevando a una ampliación de la presencia del Estado en el campo de la economía y de lo social. El segundo, se vincula a las condiciones particulares de la evolución de las ciencias sociales como disciplinas a la vez científicas y de Estado, constituyéndose un campo modernizado e internacionalizado. En este contexto, Neiburg y Plotkin sostendrán que el lugar y espacio particular que ocuparán los profesionales de la economía “se fundamenta menos en la posesión de un capital político o social reconocido, o en el monopolio de una práctica profesional (como sería el caso de los médicos o abogados), que en la posesión de conocimientos técnicos especializados, basados en el uso exclusivo de una jerga propia, adquirida y legitimada en un mundo académico intensamente internacionalizado” (Neiburg y Plotkin: 2005), a lo que nosotros extenderemos al conjunto de los científicos sociales.

El recorrido y la trayectoria de figuras como Enrique Butelman, Jaime Bernstein, Gino Germani, Florestán Fernández o Pablo González Casanova que, al mismo tiempo que construían una disciplina científica autónoma, emprendiendo el ambicioso proyecto de fundar las carreras de Sociología, Psicología y Ciencias de la Educación, formaban técnicos al servicio del Estado, creaban editoriales como Paidós para publicar textos que solo eran editados en España. Y además, descalificaban o no reconocían a las tradiciones intelectuales anteriores.

En el caso de la sociología, se cuestiona al ensayo de interpretación de la realidad nacional como “presociología”, y a pesar de las profundas diferencias entre ellos, van a coincidir con la crítica realiza-

da por algunos ensayistas como Arturo Jauretche, acusándola de utilizar modelos de análisis rígidos e “importados” incapaces de comprender la complejidad de los problemas del país. En el caso de la psicología Bernstein trató de convencer a Enrique Pichón Riviere para que tomara la cátedra de Psicología Social en la Universidad del Litoral y al no lograrlo convino con su mejor discípulo, José Bleger, para que se encargara de la materia, lo que terminó siendo la primera cátedra de Psicoanálisis del país. La psicología que emerge tampoco reconoce tradición alguna, distanciándose de los catedráticos que habían estado al frente de la enseñanza en la universidad desde antes de la creación de las carreras, aunque era muy difícil encontrarla si no se remontaba hasta José Ingenieros o Aníbal Ponce.

Oscar Terán sostiene que a lo largo de todo el siglo XX, y fundamentalmente en aquellos momentos críticos de la vida del país, “cierto tipo de figura social ha intervenido en la esfera pública desde fuera del ámbito de la academia. El ensayo de interpretación de la realidad nacional ha constituido (y constituye aun hoy) en la Argentina y el resto de América Latina un género con sus propios mecanismos de legitimación”. (Terán 2004)

Scalabrini Ortiz, Arturo Jauretche y Juan José Sebrelli compartían su ímpetu “en la tarea de interpretar los dilemas nacionales”, rechazando muchas veces la capacidad de la ciencia para “entender” dicha realidad. La posesión de una capacidad intuitiva para dar cuenta de los problemas fundamentales de la nación, se constituye precisamente en contra del saber académico, al mismo tiempo que rechaza el saber de los expertos que actúan, o buscan actuar, al servicio del Estado. (Terán, 2004)

A partir de la década del ‘50, prácticamente termina no solo la emigración europea masiva, sino también la afluencia de inmigrantes altamente calificados, incluyendo científicos y tecnólogos. En la segunda mitad de la década del ‘50 hasta los primeros seis años de la década del ‘60, se produjo un importante proceso de renovación y actualización del modelo de la universidad pública argentina, surgido de la Reforma del ‘18. La gestión de rectores como Risieri Frondizi, José Luis Romero, Julio Olivera e Hilario Fernández Long, impulsaron importantes avances, fundamentalmente en la Universidad de Buenos Aires, “logrando una expansión considerable de la investigación en Ciencias Naturales, Sociales, Humanidades, y en menor grado en ámbitos más aplicados de las profesiones”. (Oteiza, 2002)

Este ascenso de la investigación desarrollada en el espacio universitario, fue arrasado por el régimen instaurado a partir del golpe militar del General Onganía y su desmantelamiento continuó en las sucesivas dictaduras.

El encuentro entre la política y el arte

Cuando transcurría el año 1968, una división de la central obrera dio origen a la CGT de los Argentinos, en ese espacio confluyeron sectores combativos del sindicalismo junto a un amplio espectro de la izquierda. En ese período, también quedó constituido en Córdoba el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. Estas dos organizaciones realizarán una convocatoria a la unidad y rebelión popular, dando impulso al incremento de la protesta contra el régimen militar de Onganía, “a la cual se fueron sumando vastos sectores medios y obreros, en el marco de una creciente radicalización política”. El proceso de “modernización” iniciado a fines de la década anterior e impulsado por el desarrollismo, llevaba consigo un espectro de ideas de renovación cultural, “del que da cuenta la dinámica de instituciones como la Universidad de Buenos Aires, Eudeba y otras editoriales, el Instituto Di Tella y la difusión que alcanzaron publicaciones como Primera Plana, Panorama y otras”, sin embargo, estas debían convivir con las ideas del tercermundismo, el latinoamericanismo o el antiimperialismo, no por ello sin conflictos. (Longoni, Mestman: 1994)

En este mismo período, se produce un acercamiento entre las Comisiones de Trabajo de la central obrera disidente con los autodenominados “trabajadores de la cultura”,

“...la aparición en mayo, del Semanario CGT dirigido por Rodolfo Walsh, el estreno internacional en junio y luego el comienzo de la circulación clandestina en la Argentina del film “La hora de los hornos”, del grupo Cine Liberación, como así también numerosas adhesiones de artistas, intelectuales y profesionales, son manifestaciones del papel protagónico que estos actores tienen “en el proceso ‘modernizador’ en ámbitos como las ciencias sociales, el psicoanálisis, el cine publicitario, el teatro experimental, el arte de vanguardia, etc.” (Longoni, Mestman, 1994).

Como resultado de esa vinculación se produce la experiencia Tucumán Arde, siendo esta la más importante acción artístico-política llevada adelante por la vanguardia plástica de los años 60. Esta experiencia, se transforma en la expresión de la “confluencia productiva y original entre arte y política, visible tanto en la elaboración teórica como en las acciones a través de las cuales, los artistas buscan definir los principios de “una nueva estética”, al tiempo que aspira a constituirse en un contradiscurso que pusiera en evidencia la falsedad de la propaganda oficial en relación a la situación crítica de la provincia norteña.” (Longoni, Mestman, 1994)

Este encuentro explícito entre la política y el arte puede rastrearse en lo señalado por Oscar Masotta, contemporáneamente, en la “advertencia” a su libro *Conciencia y Estructura*. Allí Masotta revisa su idea de un “arte de los medios de comunicación masiva” y explicitaba la posibilidad de confluencia entre este nuevo género artístico de vanguardia y la política, que por entonces se expresa cada vez más radicalmente. Entre los intelectuales y artistas más allegados a Masotta surge el grupo *Arte de los Medios de Comunicación*, integrado a mediados de 1966, por Roberto Jacoby, Eduardo Costa y Raúl Escari. Este grupo se presentó a partir de un manifiesto y la producción de varios textos teórico-críticos, como así también algunas obras; entre ellas, una que se llamaría “Happening de la participación total”, o como la denominaría la prensa, “Happening para un jabalí difunto”, siendo finalmente conocida como el “antihappening”. Esta obra que puede ser leída como el momento fundacional del grupo, marca el punto culminante y a la vez el inicio de la declinación del “happening”; ya en su momento máximo de politización, esta obra es sólo el relato de una exposición que nunca se llevaría a cabo.

En el Di Tella, cuando se presentaba la muestra “Experiencias 68”, la misma finalizaría escandalosamente cuando la clausura policial de una de las obras desencadenó la repulsa de los participantes, los artistas destruyeron sus propias obras y abandonaron el Instituto. Los grupos que actuaban entonces, anunciaban la fusión del arte y la vida y el surgimiento de un mundo nuevo, adscribiéndose a la épica del combate y la sangre. En aquella ocasión Jacoby realizó la presentación de “El mensaje”, que consistía en una foto en la pared de un manifestante negro con un cartel en el pecho contra el racismo y la guerra de Vietnam. Además,

“había una teletipo conectada con la agencia France Press, que transmitía cables con las noticias internacionales, que casualmente coincidían con los disturbios del Mayo Francés, de manera que llegaban las noticias: ‘los estudiantes han tomado La Sorbona’, ‘los estudiantes han tomado París’, ‘la huelga general’. El público podía leer la noticia, arrancar el papel, llevárselo. No era una obra estricta y puramente mediática, más bien una mezcla mediático-político-utópica”. (Lucena 2007)

El régimen del General Onganía practicó una despiadada represión cultural, académica y científica, en la que no faltó la intervención a universidades nacionales, el cierre de teatros independientes y otros espacios culturales, la censura de libros y la persecución a los editores. La destrucción llevada adelante en el plano de la educación, significó para la universidad la pérdida de las “capacidades de investigación, ciencia y tecnología que habían llevado muchos años construir”. Este desmantelamiento trajo consigo la emigración de artistas, profesionales e investigadores altamente preparados, perdiéndose importantes capacidades que hoy no están disponibles.

El proceso represivo iniciado en 1966, no tuvo casi interrupción durante el corto período democrático de Cámpora y Perón. Y en un hilo de continuidad con la dictadura del 76, se fue clausurando una época, trayendo consigo una profunda reformulación de las condiciones de la práctica intelectual y también política. El lugar de los intelectuales hasta mediados de los años setenta, momento en que se profundiza la persecución política e ideológica, se caracterizaba por un espacio entrelazado de instituciones formales e informales, las que aún podían considerarse como muy productivas, cultural e intelectualmente. Los intelectuales tenían la certidumbre de que su discurso era significativo para la sociedad. Se sentían llamados a poner en discurso las ideas-fuerza contrarias al sistema, formando parte de un proceso inevitable de transformación revolucionaria. Este entramado complejo, fecundo y conflictivo, fue arrasado por la dictadura militar en 1976. (Sarlo, 1984)

La apertura democrática posterior replantea la relación entre el campo político, el campo cultural y el campo académico; los puentes y los nudos en los que actúan los intelectuales ya no son los mismos. El papel central para la legitimación de un modelo de sociedad lo vienen a ocupar los medios masivos de comunicación, que a partir de la lógica de la sociedad de mercado se instalan como los principales generadores de lenguajes y bienes simbólicos que legitiman la desigualdad social y cultural. Es en este nuevo escenario donde los intelectuales están replanteando sus prácticas.

Bibliografía

- DE SOUSA SANTOS, B. (1994) *La universidad en el siglo XXI. Para una reforma democrática y emancipadora de la Universidad*. Miño y Dávila Editores. Buenos Aires.
- HERNÁNDEZ, G. Y TREJO, A. (2002) *“El análisis de la coyuntura”*, en Silvia A. Vázquez, *El análisis de la coyuntura. Hacia un enfoque desde los sujetos sociales*, Buenos Aires, Confederación de Trabajadores de la Educación de la República Argentina.
- LONGONI A., MESTMAN M. (1994) *“Tucumán arde. Una experiencia de arte de vanguardia, comunicación y política en los años sesenta”*. Rev. Causas y azares. N° 1
- LUCENA, D. (2007) *“Arte y militancia: encuentros (y desencuentros) entre los artistas y el Partido Comunista Argentino”*. Revista Ramona N° 74, Buenos Aires.
- NEIBURG, F., PLOTKIN, M. (2004) *“Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina”*. Buenos Aires. Paidós.
- OTEIZA, E. Y OTROS. (1997) *“Cultura y política en los sesenta”*, Buenos Aires, CBC-UBA.
- PORTANTIERO, J. C. (2001). El sentido de la universidad pública. En F. Naishtat, A. García Raggio y S. Villavicencio (Comp.), *Filosofías de la Universidad y conflicto de racionalidades* (pp. 83-86). Buenos Aires: Colihue.
- SARLO, B. (1984) *“Argentina, 1984: la cultura en el proceso democrático”*. Nueva Sociedad, N° 73: 78-65, julio/agosto. (Caracas).
- SIGAL, S. (1991) *“Intelectuales y poder en la década del sesenta”*. Buenos Aires: Ediciones Punto Sur.
- SUASNÁBAR, C. (2001) *“Resistencia, cambio y adaptación en las universidades argentinas: problemas conceptuales y tendencias emergentes en el gobierno y la gestión académica”*. Revista Brasileira de Educação N° 17.
- TATIÁN, D. Universidad y sociedad de control. Reflexiones. Revista *Rayando los confines*. Disponible en <http://www.rayandolosconfines.com.ar/reflexiones.html>. Último acceso: 26/07/2011.
- TELLEZ, M (1997) Sobre el carácter actual de la crisis de la universidad. Revista IICE. Año II. N° 10. UBA. Bs. Aires.
- TERÁN, O. Comp. (2004) *“Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura latinoamericano”*. Bs. As., Siglo Veintiuno Editores.
- THAYER, W. (1996) *“La crisis no moderna de la universidad moderna”* (Epílogo del conflicto de las facultades). Editorial Cuarto Propio. Santiago de Chile.
- WOLFE, A. (1980) *Los límites de la legitimidad. Contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*. Siglo XXI Editores. Méjico.
- WORTMAN, A. (2002) *“Vaivenes del campo intelectual político cultural en la Argentina”*. En: Daniel Mato (coord.): *Estudios y Otras Prácticas Intelectuales Latinoamericanas en Cultura y Poder*. Caracas: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y CEAP, FACES, Universidad Central de Venezuela. pp: 327-338